Ahora bien; si difícil nos había de ser á los médicos presentar la prueba directa de la influencia que las sofisticaciones y falsificaciones ejercen en la salud, fácil nos es presentar dos pruebas indirectas: la primera de puro razonamiento, ó que à priori convence, y es que arrojando la vida orgánica un resultado exacto del valor de cuanto en ella influye (constat iis quibus nutritur corpus)—pues otra cosa no puede arrojar—es indubitable que tan general sofisticación y falsificación ha de afectar en cantidad y calidad nuestras fuerzas vivas, ora determinando enfermedades, ora estableciendo suma disposición á contraerlas; la segunda prueba experimental ó à posteriori, es que cuantas veces sustraemos un individuo al influjo de esas causas reponiéndole en el uso de buenas materias primeras (así morales como físicas), otras tantas sana ó siquier mejora, si está enfermo, ó se fortalece si sólo está predispuesto á enfermedad.

En suma: yo creo firmemente que el fondo asténico y adinámico que preside á la patología de los grandes centros de población, débese en parte á ese torpe vicio de la sofisticación de los productos. Y en esto y en que la sofisticación del material terapéutico es causa de que no pocos enfermos que pudieran sanar sucumban, creo que estaremos conformes todos los médicos del orbe.

En punto al método de la producción, el mal de que adolece la moderna vida no es hijo de mala fe, sino del olvido de la caridad y la salud tras el afán de perfección y baratura. Refiérome á las exageraciones en la división del trabajo. Que esta división, considerada en principio, es el medio material de perfeccionar y abaratar los productos, no hay quien intente negarlo. Anatómico soy, y en mis estudios de la economía orgánica, no sólo me complazco en admirar el desarrollo de este principio, desde las plantas criptógamas hasta el hombre inclusive, sino que además reconozco que el grado de división del trabajo es la marca de la jerarquia meramente animal, y que, sin la condición previa de esta maravillosa división en lo que llamaré la industria de vivir, no podría nuestra corpórea fábrica ser residencia de nuestro superior espíritu. Pero en cambio reclamo que todo el mundo tome en cuenta dos principios más: uno fisiológico y otro moral, que, unidos al de la división económica del trabajo, ajustan las razonables condiciones del método en la producción. El principio fisiológico consiste en que, siendo la salud el resultado de una armonía orgánica, dañoso debe de ser condenar al individuo á un servicio inarmónico; y este daño procede de tres causas intimamente enlazadas, a saber: una la excesiva actividad del aparato ú organo laborante, la cual determina la irritación de este por exahustión; otra la excesiva quietud de los órganos ó aparatos que quedan sedentarios, la cual produce la irritación de éstos por inacción; otra, en fin, que es la desarmonía en si, como fenómeno de conjunto, que se manifiesta por la total irregularidad fisiológica del individuo. Ahora bien; si ex. gr. el letrado, irritando su cerebro por la fatiga y su vientre y extremidades por inacción en un modo y grado que, hasta cierto punto, puede él compensar á favor de horas de esparcimiento y ejercicio de que su condición le permite disponer, siente afectados á la corta ó á la larga los dos polos, positivo y negativo, de su actividad, y siente además, como resultado integral, aquel vago malestar que emana de su total desarmonía, ¿qué podremos esperar, qué no habremos de temer que sufran las infelices víctimas de la trituración del trabajo, esos miserables proletarios de todo sexo y toda edad, que se levantan á las cuatro de la madrugada y hacen dos leguas de camino para ir al taller, unos á limar tachuelas, y no más, otros á echar nudos, y no más, otros á conducir mechas, y no más, otros á remachar rosetas de abanicos, y no más, otros á vigilar batanes de vapor, y no más, en medio del aturdidor estruendo y la sempiterna trepidación de la fábrica, sin otro descanso que el suficiente para la comida, y luego vuelta á lo mismo hasta el cerrar de la noche, para de allí volver á echar sus dos contra leguas de regreso, llegar á las nueve, cenar en seguida y luego al punto acostarse, con el cuidado de volver á despertar á las cuatro para repetir la historia del día anterior? ¡Oh! La enorme desproporción que aún existe entre la mortalidad de los pobres y la de las gentes acomodadas, débese en gran parte á esa lima sorda que desgasta la existencia en los primeros, desequilibrando su naturaleza hasta un extremo que causa compasión á quien de cerca la observa. ¡Oh gentes cultas, dadas á liberales oficios, en medio de vuestra activa y laborante vida, acosados por el malestar, sujetos á mil formas de padecimientos, debidos al exceso de vuestro trabajo y á lo deneznable del sutil órgano de la inteligencia, que de continuo ejercitáis, no envidiéis al proletario, no exclaméis: «¡cuán dichosos mortales, que en medio de su fatigada vida se mantienen sanos y fuertes!» No lo digáis por misericordia; antes que tal exclaméis, visitadles, observarles, estudiad de cerca sus infinitas dolencias, ora en los hospitales, ora en los antros de sus desmanteladas é insalubres viviendas, quebrantados, desvalidos, agotados; no confundáis la fuerza muscular con la verdadera fortaleza armónica; ellos levantan ó arrastran más quintales que vosotros, sí: pero sus entrañas están, más aún que las vuestras, heridas de muerte; y en las entrañas, no en la musculatura ni la osamenta, es donde naturaleza marca las probabilidades de vida de cada hombre. Ved si no las estadísticas comparadas de los barrios pobres y los acomodados, y aun reflexionad que la comparación por barrios dista mucho de dar toda la verdad; pues, como atinadamente observa Kolb (1), ni los barrios de pobres están habitados sólo por pobres, ni los de ricos sólo por ricos, ni dejan éstos de pagar á la mortalidad un notable contingente por razón de los excesos á que la misma riqueza brinda. Yo bien sé que esta diferencia de mortalidad depende de muchas causas; pero sé también que la exagerada división del trabajo es una de ellas, como lo prueba el aspecto patológico característico que muchos proletarios ofrecen, á guisa de marca gremial, que nos revela su respectiva industria y nos permite augurar la enfermedad á que sucumbirán. El segundo principio que limita el de la división del trabajo es de carácter moral. ¿No es un dolor ver que la máquina, apropiada al nobilisimo fin de elevar la condición del proletario moderno muy por cima de la del antiguo, venga en definitiva á ponerle en condiciones inferiores á las de éste y aun á las de la máquina misma que maneja? ¿Á qué tanta invención maravillosa, traída de intento para ennoblecimiento del hombre, si ese hombre queda reducido á nacer, crecer y degenerar vigilando los movimientos de un autómata, ò acabalando, por arte estúpidamente sencilla y monótona, los productos de ésta, para luego al morir dejar en pos de sí una prole destinada á más arrastrado porvenir, si mayor progreso la industria realiza? ¿Por qué no han de confiarse al hombre cuidados y trabajos más complexos en que sus facultades y fuerzas actúen en mayor concierto, en que su espíritu se contemple más artista, más creador, más productor, más noble, en fin, y digno de sus destinos? Tratándose de trabajos tan elementales, tan sencillos y fáciles de ejecutar á perfección, apor qué no se adiestra al proletario en el desempeño de varios de ellos sistemáticamente relacionados, de manera que en vez de ser como hoy esclavo de un autómata, sea de verdad el tutor y el guía de varios de éstos, ora simultánea, ora sucesivamente? En esta petición me declaro irreductible; yo quiero ilimitada para las máquinas la división del trabajo: pero reclamo para el hombre un límite racional en la división de su labor. ¡Ah! el sentir social

⁽¹⁾ J. Friedr. Kolb—Culturgeschichte der Menschheit—T. I. p. 14.—V. para multitud de preciosos pormenores, acerca de la vitalidad comparada de los ricos y los pobres, los trabajos de Benoit, Morgan, Casper, Quetelet, Villermé, Ebrington y el Handbuch der vergleichenden Statistik del mismo Kolb.

de los tiempos presentes se inclina á los paliativos empíricos, al empleo de los narcóticos á todo trance, á la cohibición de las quejas dejando subsistente el dolor; yo, á fuer de médico, estoy por las curas radicales, y el precedente práctico de tales curas es la ingenua y completa manifestación del mal.

No extrañéis, pues, que libre de compromisos hable aquí sin ambigüedades: la razón práctica ha establecido sabiamente la división del trabajo; la pasión económica la ha llevado á un extremo brutal; sólo la caridad, redimiéndola del cautiverio de la codicia, puede poner en definitiva armonía los tres fines moral, higiénico y económico del trabajo humano; y pues el objeto final de la división de éste no es sólo la máxima perfección y el mínimo coste del producto, sino el más expedito logro de nuestro fin moral, y el hombre no se define un ser nacido para comprar barato, sino un ser nacido para merecer, vicioso debe de ser el sistema productor que pone á la mayoría de los consumidores por debajo de la categoría de hombres. Por fortuna nótase ya entre los espíritus más influyentes de la alta industria, una reacción positiva en este sentido. ¡Ojalá que en él se persevere!

Por lo que toca á su ritmo, la producción ofrece para todos tiempos y lugares un fidelisimo metrónomo en el paso del hombre por la vía pública. En efecto; el movimiento de traslación de los habitantes de un pueblo dado, tomados en conjunto, es, y debe necesariamente ser, proporcional á su producción; pues aunque no siempre constituya acto productor directo, establece por lo general el acto unitivo, ó de enlace, entre dos funciones económicas, de suerte que, en este concepto, podemos decir que el ritmo circulatorio de la población es, en una ciudad, el signo de su ritmo productivo, de la propia manera y por las mismas razones que el ritmo circulatorio de la sangre (pulso), lo es en el cuerpo humano de su ritmo funcional. Obvio resulta, por tanto, que el compás de la producción moderna es muy acelerado, ya que la traslación, así del hombre como de su puro pensamiento, se verifica con una velocidad que por años aumenta ¿Cuál es la causa oculta de esta rapidez productiva? ¿Pasa esta rapidez de los límites fisiológicos? Espero dar á estas dos preguntas cumplida contestación.

La causa de la creciente fiebre productora de nuestros tiempos reside en la progresiva dificultad de realizar cada cual su fin, que es la riqueza. A medida que en el mercado cada objeto de consumo se abarata por los adelantos de la industria, surge en la conciencia de cada consumidor la voz de nuevas necesidades y acrecen las preten-

siones de todas ellas á lo exquisito; de suerte que, mientras el precio de cada cosa baja, sube el presupuesto del coste de la vida en conjunto, porque el sujeto necesita más y más excelentes cosas; y como por otra parte de día en día se acentúa en las clases proletarias la necesidad de mayor jornal, por efecto de que el proletario á su vez experimenta, como es de suponer, el alza progresiva de sus aspiraciones y del precio total de subsistencias, resulta que, aunque á la verdad sean las clases pobres las que en definitiva pagan la carestía que el aumento de sus mismos salarios produce, esto no impide que el capital total de la humanidad baje incesantemente de valor, al compás que el coste total de su consumo sube en precio, viniendo, en último término, cada cual á saldar con el aumento de su actividad la baja de valor, que su capital de continuo experimenta.

A la segunda pregunta contestaré que sí; que hoy el ritmo del trabajo pasa de los límites fisiológicos. Para esta valuación tiene la Fisiología una base de juicio muy concreta. Tomando por tipo del normal funcionar el trabajo equivalente á la espontaneidad funcional de un día, hallo, de una parte, en un día de absoluta inacción, la unidad de causa de enfermedades por orgasmo pasivo, y, de otra parte, en un día de ejercicio equivalente al doble de la apetencia espontánea de acción, la unidad de causa de enfermedades por orgasmo activo. Ahora bien; innumerables son las personas que cada día concluyen su trabajo completamente exhaustas de poder orgánico, hasta aquel punto en que el individuo, al través de su pasión por el negocio, contempla su plan de actividad del día siguiente con irreprimible terror, cual si la íntima voz de su profundo cansancio le advirtiera que lleva gastada ya hoy la fuerza productora de mañana. Siguiendo con este ritmo, el organismo va aglomerando, día tras día, nuevas unidades de causa morbosa por orgasmo activo ó enervación; y como quiera que en el cuerpo, lo propio que en el mundo, ninguna causa se anonada, ninguna influencia se pierde, llega un momento en que esta suma de similares causas se hace efectiva, y, cual en otoño los vapores elevados por el constante ardor de la canícula se enfrian, se aglomeran y en deshecha tormenta desatan truenos, rayos, mangas y pedriscos sobre la cosecha del inocente labrador, así descarga sobre las indefensas entrañas del individuo, y no siempre en el otoño de su vida, la tempestad de fatigas preparada por los rigores y demasías de la excitación productora. Los casos de enfermedad y muerte prematura ocurridos por esta causa son frecuentísimos, y lo peor es que ese vórtice arrastra no sólo á los que llevan agitada la vida por ambición, sino también á muchos que, no sintiendo la tiranía de ésta, y mal de su grado, se ven obligados á sostener el ritmo que el solidarismo social del siglo les impone. Los reblandecimientos cerebrales, las apoplegías lentas progresivas, las afecciones atónicas del sistema muscular, así del de relación como del visceral ú orgánico, y las calenturas adinámicas, constituyen el más frecuente resultado patológico de este abuso en el ritmo productivo.

Podrá, á pesar de esto, algún espíritu curado de aprensiones objetar que la vida es nuestra dotación natural, y que, siendo el total vivir resultado del total empleo de este don, así podrá haber quien halle más razonable el disfrutar pausadamente larga vida, como quien tenga por más sabroso el condensar en breve existencia un vehemente goce. Mas á esto replicaré, y apoyaránme en mi réplica cuantos al noble estudio de la naturaleza humana se dedican, que esta no es una pura cuestión de cantidad, sino que además lo es de calidad y que la segunda cuestión domina á la primera. Quiero decir, que siendo condición de larga vida aquel orgánico bienestar que tiene por término la muerte natural, y presentándose ésta como benigno decaecimiento, en que coinciden lo armónico del descenso con la serena expectativa de otro mejor estado, mientras que la muerte prematura por causa interna supone necesariamente días, meses, años de amargo sufrir, condenado el individuo á soportar la ruda lucha, que dentro su propio cuerpo sustentan órganos aún jóvenes con órganos ya decrépitos por enfermedad; resuélvese, al fin, el caso, no por la simple opción cuantitativa á vivir menos gozando más, ó á vivir más gozando menos, sino á la alternativa de vivir muriendo á medio vivir, ó de vivir buenamente hasta el término específico de la vida. Si hay, pues, libertad de gustos acerca del particular, es porque hay gustos que merecen lo que el refrán dice por mí, no porque el gusto de la intensidad delectativa de la vida tenga formal apoyo en una opinión razonable. Lo malo, no por gustar deja de serlo; además de que la rapidez productora de nuestros tiempos dista mucho de ser efectivamente deleitante. El ritmo moderno tiene por fin inmediato el anhelo de producción y cambio, por fin remoto el ansia de gozar, y ni siempre se logra lo primero, ni siempre del logro de lo primero se deriva el de lo segundo.

Quiero obtener para gozar.—Llegamos á la última parte de esta excursión analítica, y aquí se nos aparece el capital error de nuestros tiempos; el error psicológico en la noción misma de la riqueza. Mas, antes que critiquemos, definamos. Riqueza es, en el orden moral, la virtuosa acomodación de nuestras necesidades á los medios de satis-

facción que de hecho poseemos. Riqueza es, en el orden económico, la posesión del conjunto de medios apropiados á satisfacer, por derecho natural, todas las necesidades de que nuestra naturaleza es normalmente capaz. Para contemplarse feliz con la primera forma de riqueza, se hace indispensable la virtud. Nótese, además, que la riqueza, así en la primera como en la segunda forma, no es una cosa, es una resultante; no es un factor, es un producto, y que ese producto, que de puertas afuera de nuestro ser se llama riqueza, es el mismo que de puertas adentro llamamos felicidad, el cual producto, en tanto que interno, forma el objeto final de nuestra nativa tendencia. Pues bien, si á esto se añade que podemos hallar en el mundo un pobre y un rico que, á pesar de la diferencia de caudal, se consideren con perfecta igualdad dichosos, deduciremos legitimamente que la felicidad del primero es el producto de mayor virtud multiplicada por menor riqueza, al paso que la del segundo es el producto de mayor riqueza multiplicada por menor virtud. Esto nos llama la atención acerca de una cosa que los economistas, dada la indole analítica, limitada, parcial de su objeto de estudio, no toman en bastante consideración, y que, en la realidad social, juega un primer papel y es el elemento o factor personal, virtual, intimo, que imprime carácter práctico á la riqueza. La ciencia económica, basada en el derecho, nótese bien, en el derecho á satisfacer toda natural apetencia, se desentiende de hacer ver cuán ocasionada es la noción de ese derecho á desmoralizar al hombre en su lucha contra los elementos naturales y sociales, que se oponen á que ese derecho se realice, y asimismo distráese de considerar hasta qué punto el hombre, en esta lucha, se apasiona, se embravece, y ciego tras el factor externo de la soñada riqueza, abandona su factor interno, la virtud, resultando que si no logra la riqueza objetiva, sufre, y si al fin la alcanza, no la goza, porque ha perdido con la virtud el factor subjetivo de su dicha, y entonces, privado del producto, porque éste no cabe donde falta un factor, cae abrumado y rendido bajo la balumbade sus mismos atesorados bienes, los cuales se le truecan en males tan pronto como él ha perdido la capacidad de ser feliz. Al rico elaborado por este medio le pasa lo que le había de acontecer al varón que, en la manía de llegar á obtener por esposa la más bella y apuesta dama del mundo, gastase su juventud y sus fuerzas en ir y venir por toda la haz de la tierra en busca de ella; que luego al descubrirla echaria de ver cuán poca energía le quedaba para poseerla. Tan apasionada irregular manera de buscar la riqueza, confundiendo el factor material con el resultado moral, es por demás ocasionada á graves quebrantos de espíritu, de los

cuales derivan proporcionados disturbios orgánicos, que los médicos prácticos vemos y palpamos en cotidianos ejemplos. ¡Oh! si yo pudiese influir en el ánimo de los economistas contemporáneos, había de suplicarles que, pues la ciencia de la riqueza tiene por objeto un solo factor del bienestar humano, concediesen al elemento moral de ese bienestar, considerado como principio económico, mayor importancia que la que de ordinario le conceden. Ni del hierro, ni del diamante, ni de las tierras, ni de los frutos, ni de cosa ninguna del orbe terráqueo puede sin reserva decirse que es utilidad, valor o riqueza en sí; antes de la aparición del hombre, las más densas tinieblas económicas envolvían al mundo; dúctil era ya entonces el hierro, elástico el aire, veloz la electricidad, ardiente el fuego, feraz la madre tierra; mas ninguna cosa de estas era útil, porque la utilidad no es en ellas un atributo propio, sino precario, es como el color, que en todo objeto depende de la presencia de luz; y bien así como al asomar el sol por el Oriente alegra tierra y mar, montes y valles, y no parece sino que todas las cosas se solazan, reverberando agradecidas á Febo los ricos y variados colores, que á sus destellos deben, exclamando en coro: «Contempla, igneo rey, cuán bellas por tu gracia somos», -así, al presentarse en el mundo el primer hombre, todas las cosas reverberaron la luz moral del espíritu de éste, cantando en concertado himno: «Bienvenido seas, destello de Dios, que de nuestra ignorada condición nos redimes, permitiéndonos intervenir en tu perfección; contémplanos, sojúzganos, explota nuestra naturaleza; por ti somos útiles, por ti somos capaces de concurrir á un fin moral!»-Y desde entonces la materia, cual si fuera una condensación de espíritus caídos, que á la vista del hombre barruntan la posibilidad de un mejor porvenir, no cesa de prestarse á nuestros más altos y espirituales fines; y así la veis hoy en derredor nuestro, solícita á despecho de su inercia, dócil á pesar de su adustez, concurriendo á la grande obra de nuestra perfección con grande ahinco, cual si obrase esperanzada de obtener para sí un destello del divino aplauso.

Este es el punto fijo, invariable, absoluto de todo sano principio de riqueza; quien vea en las cosas una riqueza en sí, perderáse tras ellas sin remedio.

Y aun el mal, señores, no fuera tan lamentable si no pasara de la esfera individual; pero el hecho es que trasciende de padres á hijos. El hombre que cree ver en las cosas riqueza en sí las busca, y como es condición humana la abnegación paternal, afánase el padre en proporcionar á sus hijos todo cuanto juzga un bien para sí propio, y he aqui que el mal se hereda, pero ni más ni menos que se heredan

las diátesis, por degeneración. Parémonos un instante, que el caso vale la pena. Los padres que, cegados por tales errores, consideran como riqueza los bienes que constituyen su caudal, redoblan sus esfuerzos, al compás que su prole aumenta, con el único fin de poder legar á los hijos sendas fortunas. Mas, como los hijos, sobre hallarse con tan pingüe legado y sin preparación de virtud para hacer uso de él, están faltos de una cualidad que siquiera el padre acaso tuvo, y fué la vocación por el trabajo, resultan aquéllos moralmente muy inferiores á éste, presentándose en ellos una segunda causa de muerte prematura, que es la disipación por incapacidad de valorar aquello mismo que consumen: achaque en cierto modo naturalisimo, porque dada la tendencia fatal, indeliberada, del hombre á la felicidad, quien no encuentra en sí ningún elemento de ella, va á buscarlos todos fuera de si, y como las cosas externas no poseen el secreto ni la buena voluntad de hacer dichoso á nadie, puesto que nemo dat quod non habet, propenden á embrutecer á quien de ellas toma consejo, porque unusquisque dat de quo habet, engendrándose, por este sencillo mecanismo, la curva genealogía tan peregrinamente descrita por el dicho cubano: «Padre pulpero, hijo caballero, nieto pordiosero.» Esta es, bien lo sabéis, señores, la fórmula precisa de todas las genealogías que hoy produce el error económico de creer que las cosas son riqueza en si. En este particular mi opinión es también terminante: legítimos propósitos son los del padre de dejar rica su prole; pero la riqueza del hijo debe consistir no en una simple testamentaria del caudal, sino en su transformación; y así como el hijo no es la parte amputada del padre, sino la transustanciación genésica de su individualidad, así la herencia no debe ser la parte separada de los bienes del padre, sino la transformación efectiva de estos bienes en elementos morales de ventura. Si queréis, pues, joh padres! dejar positivamente ricos á vuestros hijos, arruináos en su educación; es el consejo más seguro que puedo daros, y si moris dejándoles menores, haced que hereden, vinculado en un programa del complemento de ella, una gran parte de lo que en otra forma de herencia, en tanto que forma exclusiva, sería su disipación y su ruina.

Ahora, ¿necesitaré por ventura indicaros cuáles son los resultados patológicos de ese error económico, en funciones de herencia? ¿Habré de enumeraros los estragos de la disipación? No; cualitativamente son hoy los mismos que en todos tiempos; afecciones crónicas, ya humorales, ya nerviosas, que propenden á terminación éctica, y entre ellas, principalmente, las afecciones venéreas y la impotencia prematura, las cuales, ó cortan por esterilidad los progresos

de la poblacion, ó si consienten su aumento es dando frutos entecos y podridos. Lo que sí nuestra época ofrece de especial y siniestro es la universalidad de tales estragos orgánicos, por la doble razón de estar á un tiempo muy generalizada la riqueza y muy difundido el error en su noción.

IV

Llegamos al 4.º punto, ó sea al examen de la Estadística médica con relación al fenómeno que estudiamos. Procuraré ser tan conciso cuanto el interés de la claridad lo consienta.

Establezcamos, ante todo, como criterio, que la Estadística en esta ocasión sólo puede suministrarnos pruebas indirectas, incompletas é

imperfectas:

—indirectas, porque siendo absolutamente imposible una Estadística de los sentimientos morales, toda vez que éstos, en tanto que actos internos, pueden ser ya ocultados, ya mentidos, no hay forma de expresar numéricamente las relaciones entre estos sentimientos y sus correspondencias patológicas;

-incompletas, porque siendo la Estadística una ciencia moderna, no ofrece datos en qué apoyar comparaciones históricas, ni para

nuestro objeto, ni para otro ninguno;

—imperfectas, porque la Estadística, en general, adolece aún con frecuencia de dos males: uno nacido de la ignorancia ó del descuido en su elaboración; otro dimanado del influjo de la pasión política.

Advertidos de estas tres limitaciones, preguntemos á la Estadística: 1.° ¿Cuál es el promedio de la vida moderna?—2.° ¿Cuál es el tanto por ciento de la actual mortalidad?—3.° ¿Cuál es el carácter hoy dominante en las enfermedades?

1.0

PROMEDIO DE LA VIDA MODERNA

En España la duración media de la vida es, en general, de 24'56 años, y en las capitales llega á 25'72, lo cual da 25'14, término medio, ó sea la menor cifra de longevidad de Europa (1).

⁽¹⁾ Memoria sobre el movimiento de la población de España en los años 1858, 1859, 1860 y 1861, publicada por la Junta general de Estadística del Reino.—Madrid, imp. de L. Beltrán.—1863.

He aquí ahora el cuadro comparativo de la vida media actual en Austria, Prusia (antiguo Reino), Sajonia, Cerdeña, Baviera, Holanda, Bélgica, Francia, Dinamarca, Suecia, Noruega y Wurtemberg:

	Con los nacidos muertos	Sin los nacidos muertos
Austria	27 76	28-19
Prusia		31-10
Sajonia	. 29-47	31-16
Cerdeña		30-80
Baviera		32-61
Holanda	. 32-63	34-72
Bélgica		38-35
Francia		40-36
Dinamarca		
Suecia	THE RESERVE AND DESCRIPTION OF THE PERSON OF	
Noruega		
Inglaterra		36-92
Wurtemberg (1)	. 28-42	
	32-87	34-49

El resultado general de este cuadro, con inclusión de los nacidos muertos, nos dice que en la mayor parte de pueblos de Europa la vida media no pasa de treinta y dos á treinta y tres años. Este resultado, señores, considerado en absoluto, es muy triste; diré más: diré que á fuer de anatómico lo encuentro ridículo. Vedlo, si no; restad de los treinta y tres años los veinticinco que la organización humana necesita para formarse, y os quedan ocho años de plena existencia. Ante este resultado nosotros podremos llorar, pero los números persisten en su sardónica risa.

Discurramos acerca de esto, pero discurramos con serena grandiosidad, sobreponiéndonos á nuestro actual raquitismo.

Todas las lenguas cultas poseen el verbo degenerar; ninguna el verbo supergenerar. Este fenómeno lingüístico emana de un hecho de experiencia que, en frases biológicas, enunciaré de esta manera: todas las variantes anormales que puede un individuo ofrecer en su especie, se refieren constantemente à fenómenos ó à formas de inferioridad, es decir, à debilitación de potencia específica, nunca à la elevación indivi-

⁽¹⁾ Fr. Oesterlen.—Handbuch der medicinischen Statistik.—Tübingen, 1865.

dual de esta potencia sobre la de la especie. Luego los individuos que en todos tiempos, lugares y razas han alcanzado mayor longevidad, no constituyen fenómenos; los fenómenos somos nosotros, que vivimos menos que ellos; de ellos solos puede afirmarse que ejecutan todo el programa específico de la vida humana, simplemente porque la supergeneración, la exaltación normal de la potencia específica, no cabe.

Ahora, fijando sin extremar los limites de la observación, la duración natural de la vida humana en ciento veinticinco años, hallamos en primer lugar que, mirando al hombre, no ya como un ser superior, sino como un simple vertebrado, ofrece en este caso una proporción más razonable entre los veinticinco años de desarrollo y los ciento restantes, distribuídos en setenta y cinco de plena existencia y veinticinco de declinación, y, en segundo lugar, reconocemos que dado nuestro actual promedio de longevidad, apenas pasa nuestra vida de una cuarta parte de lo que especificamente podemos vivir.

¿Por qué no logramos tan dilatada existencia? ¿Por qué nuestra vida media no ha de descender siquiera á cincuenta años? Perentoria respuesta á estas preguntas acierta á dar el siguiente principio fisiológico: la vida, al par de todo acto natural, propende, por sí, á su completo desarrollo, porque lo contrario repugna á la razón, y de todas las aberraciones é imperfecciones del organismo hay que referir la causa al mundo que le rodea, ó que rodeó á los que le engendraron, y como quiera que sobre el hombre, lo propio que sobre sus ascendientes, obran dos mundos, uno cósmico ó físico, otro psíquico ó moral, la culpa de que sólo vivamos un solo cuarto de lo que naturalmente podemos vivir, ha de estar en uno de estos dos mundos. De ahí no se sale. ¿Será, pues, cósmica la causa de nuestro actual efimerismo? Yo no acierto á verla. No tengo por muy sano el planeta en su actual modo de ser, es cierto; pero también lo es que los animales superiores llevan junto á nosotros una longevidad más proporcionada á su período de desarrollo que la nuestra. Al llegar á este punto, si no se ve claro, se transparenta mucho la verdad.

Ya os he dicho, señores, que la Estadística no puede influir en nuestro tema por pruebas directas; sin embargo, ano es cierto que esta breve excursión os deja á todos con la más viva sospecha de que, si los hombres viven tan poco, es porque son aún tan poco dignos de este nombre?

De los pasados tiempos argüiránse muchas cosas, bien lo sé, mas cuando se me recuerde algún furtivo cómputo, en son de prueba de que los antiguos vivían menos, yo recordaré, ex. gr., que los espartanos estaban obligados por su ley tradicional al servicio activo hasta los 60 años, lo cual hace creer que ellos vivían más y mejor que nosotros. En este punto, y después de mucho argüir y replicar, tornariamos al principio, es decir, á reconocer: 1.º que del pasado no hay cuestión, porque no hay sobre él una base científica de conocimiento estadístico; 2.º que del presente la cifra de la vida media es ridícula, es miserable y prueba indirectamente que, en absoluto, alguna causa moral nos impide poner nuestra vitalidad á la altura de los excelentes medios de que hoy disponemos para hacerla efectiva.

2.0

EL TANTO POR CIENTO DE NUESTRA MORTALIDAD

Para resolver este problema he investigado sobre Estadística de Barcelona, y, á despecho de graves dificultades, debidas á la escasez de cuadros fehacientes y á la existencia de un grave error oficial, que ha sido preciso rectificar, puedo ofrecer el siguiente resultado:

	Año.	Censo de habitantes.	Murieron.	Tanto por 100.
Censo en	1820	— 63,679 —	2,146	- 3'37
	1862	1	5,825	
Censo en	1863	- 190,000 —	7,167	- 3'69
	1864		6,764	

Es decir, que en cosa de medio siglo de transformación y progreso material en todos los ramos, no sólo no hemos bajado el tanto por ciento de mortalidad, sino que aún ha experimentado este una ligera subida. ¿Cabe, señores, entre las pruebas indirectas de que vivimos moralmente mal, otra más vehemente que la que dejo consignada? (1)

⁽¹⁾ De 1858 à 1862 la mortalidad en España ha sido de un 3 por 100, término medio de muchas provincias; siendo los términos menores el de Asturias (1'60 por 100) y el de Pontevedra (1'75 por 100), y los mayores el de Extremadura (Badajoz y Cáceres) (3,45 por 100), y el de Barcelona que en el anterior cuadro se expone.

3.0

CARACTER HOY DOMINANTE

DE LAS ENFERMEDADES

He aquí, señores, un Cuadro estadístico comparado de las enfermedades que integran la mortalidad en Londres, en Berlín y en Barcelona (1), debiendo antes advertir que, al disponerle, he tenido la mira de comparar tres capitales muy diferentes entre sí, por todos conceptos, y de comparar la mortalidad en distintos años, á fin de dar al resultado la mayor independencia posible respecto de las causas geográficas, epidémicas, meteorológicas, y de aquellas constelaciones médicas, en fin, que en un mismo año hubiesen podido ejercer una influencia europea.

DE 100 FALLECIMIENTOS TUVIERON POR

	LONDRES		BARCELONA			BERLIN
CAUSA EN	1858	1859	1862	1863	1864	1872
Enfermedades generales crónicas.	19.0	19.0	18.0	16.5	14.7	21.5
Idem id. agudas	13.7	12.7	6.3	7.4	8.1	10.1
Idem del sistema nervioso	10.2	10.7	21.0	20.7	22.3	16.9
Idem id. vascular	4.0	4.4	3.6	3.7	3.6	1.9
Idem id. respiratorio	23.9	18.8	16.5	18.2	18.5	11.0
Idem id. digestivo	9.3	13.1	19.3	17.4	17.8	19.4
Idem id. uropoyético	1.3	1.4	0.4	0.4	0.4	0.8
Idem id. sexual	1.4	1.6	1.3	1.4	1.6	1.3
Idem id. locomotor	0.9	1.0	0.3	0.3	0.4	0.4
Idem id. cutáneo	1.3	1.2	1.7	1.5	1.6	0.9
Circunstancias no morbosas	15.0	16.1	11.6	12.5	11.0	15.8
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

⁽¹⁾ La Estadística de Londres procede de Oesterlen (Obra cit.), la de Barcelona de los tres cuadros oficiales, únicos, que yo sepa, dados á luz por nuestro Municipio, y, finalmente, la de Berlín es una compilación de las «Mortalitátsliste von Berlin für den Monat Januar 1872» y siguientes, publicadas en el «Berliner klinische Wochenschrift», desde Marzo de 1872 hasta Abril de 1873.

El simple examen de este cuadro nos da, para las tres capitales, un notable predominio de las afecciones crónicas generales y las de los sistemas nervioso y respiratorio; por manera que en Londres, estas tres clases arrojan en 1858 un 52 por 100, en 1859 un 47 por 100: en Barcelona, en 1862 un 45 por 100, en 1863 y en 1864 un 54 por 100, lo propio que en Berlín, donde importan en 1872 un 48 por 100.

Pasando por alto diversas observaciones de carácter secundario, bastará con el examen del propio cuadro para reconocer que el predominio de las enfermedades de índole pasiva, y de las especiales de los más nobles centros, arguye una fuerte contradicción entre los medios de educación, profilaxis y tratamiento que hoy poseemos, y los resultados que en la estadística contemplamos. Así, finalmente, por vía de explanación consignaré que la Estadística de esta capital, correspondiente á 1864, presenta entre 6.764 defunciones:

	hipertrofia de corazón	127
>>	fiebre tifoidea	251
>>	eclampsia	373
por	el acto mismo de nacer ó poco des- pués, y	478
	falta de organización	
	consunciones nerviosas, tuberculosas y escrofulosas	773
>>	apoplegía y otros diferentes ataques cerebro-espinales	879!:

de donde se deduce, entre otras mil verdades nada halagüeñas por cierto, que sólo la suma de los casos de deficiencia, debidos á vicios de desarrollo, á escrófulas y tubérculos y á exahustión de los centros nerviosos, suman 2.130 muertes de entre los 6.764 que componen el cuadro total, es decir, más del tercio de la mortalidad de un año....!!!

Para concluir de una vez, señores, diré, que sea cual fuere el valor que á todos los datos presentados se conceda, yo, por mi parte, en el orden meramente estadístico, seguiré creyendo: 1.º, que no vivimos en proporción con lo que dan de sí los recursos modernos; y 2.º, que en esta discordancia, es menester atribuir á algún grave error de las almas la mala suerte que la época depara á los cuerpos.

Aquí, señores, daré punto final á mi análisis; debo hacerlo para no abusar de vuestra atención; puedo hacerlo, porque vuestra perspi-

cuidad me dispensa de extenderle hasta sus últimos detalles. Entre artistas, el examen de un boceto anticipa el juicio de la acabada

ejecución del cuadro.

Recapitulemos, pues, las verdades obtenidas á favor del precedente examen: 1.ª, que el mal existe en realidad; -2.ª, que este mal es de condición transitoria;—3.ª, que la causa del mal es la hyperdinamia producida por la ingerencia del sensualismo protestante en la honesta tendencia del Renacimiento á desenvolver, por la libertad y el trabajo, la perfección terrena como fin, y el bienestar, ó sea la riqueza y la cultura, como su inmediato premio; —4.ª, que la esencia del mal es la pasión por el goce, considerado como objeto definitivo del hombre; -5. a, que las formas ó funciones parciales del mal consisten en tres grandes errores, cometidos respectivamente en los procesos del ser al poder, del poder al obtener y del obtener al gozar;-6.ª, que estos errores parciales componen juntos, en la esfera individual, un mal del alma, que se exterioriza por actos irregulares de conducta y que, por el general mecanismo de las relaciones entre lo moral y lo físico, acarrea grandes disturbios de la organización, en detrimento de la salud y abreviación de la vida, ya de los culpables, ya de sus victimas; -7.ª, que así la generalidad, como el grado de estos males, están en chocante desproporción con los medios de bienestar y de sana y larga vida de que nuestra civilización dispone; -y 8.ª y última, que la Estadística confirma indirectamente estas verdades, ofreciéndonos una positiva discordancia entre la mortalidad y la riqueza moderna.

Reconocida la importancia de este resultado analítico, espero tendréis á bien prorrogarme, por brevísimo plazo, vuestra benevolencia, y á grandes trazos os diré lo que pienso del pronóstico y el trata-

miento del mal cuyo estudio terminamos.

Afortunadamente conspira á la brevedad el hecho de que, en nuestro caso, Prognosis y Terapéutica se resuelven en un solo asunto. En efecto, sabido que el mal es de naturaleza transitoria, todo el punto del pronosticar estriba en resolver si es ó no posible aminorar su intensidad y activar su cura; lo cual equivale á preguntarnos, en el orden terapéutico: ¿puede la Sociedad influir espontáneamente en sí misma?

Y he aquí que los dos problemas médicos, al identificarse, conviértensenos como por arte fantasmagórica en la cuestión capital de nuestro siglo; en la cuestión que las comprende todas, todas sin faltar una. Ante la gravedad de la pregunta ¿vacilaremos? No; pues, ¿qué debemos contestar?

Malos corren los tiempos para la afirmativa. Las ideas dominantes en todos los centros literarios de Europa y América, bien como las que en el período hyperdinámico de cada civilización engendran su respectiva filosofia, no constituyen las auras precursoras de una verdad nueva, sino la espuma de un error que de puro viejo va entrando ya en descomposición; y claro es que la filosofía del placer ha de tener por postulado el dogma del fatalismo.

Pero la verdad sea dicha, señores, sin sollozos: yo comprendo muy bien que los moros en cualquier tiempo se hagan cristianar; mas no concibo la desaguisada priesa de muchos cristianos de hoy en hacerse moros; y reparad que en mi extrañeza me quedo corto, muy corto aún; puesto que el determinismo de James Mill, de Comte, de Herber Spencer, de Georges Lewes, de Bain, de Littré, de Bailey, de Darwin, de Moleschot, de Vogt, de Bukle, queda muy por debajo del fatalismo musulmán, toda vez que por éste la voluntad abdica en una fuerza superior, mientras que por aquél abdica directamente en la materia. Doctrinas que así nos despojan de nuestro propio ser, del germen de toda virtud, de la raíz de todo remordimiento, de la espansión de nuestra vida, de la dignidad de nuestro fin; doctrinas que así nos emparientan con los brutos, convirtiendo la ciencia social en una rama de la física, y la historia de los levantados impulsos del humano genio en una sucursal de la Meteorología, debemos rechazarlas con todas nuestras fuerzas, y no tanto por lo mucho que tienen de malo, cuanto por lo único que tienen de bueno; por su absoluta imposibilidad de realización: porque si malo es pretender el mal, estúpida es, además, tal pretensión cuando versa sobre un mal inasequible. Penetrad, si no, en el mundo; id, observad, inquirid y constantemente veréis que el hombre que prohija cientificamente tales aberraciones, creyendo hallar por ellas el atajo de su dicha ó de su fama, las rechaza violentamente en todo aquello que á su propia dignidad se refiere; de suerte que el determinismo filosófico, ó sea la negación de la humana espontaneidad, puede, á lo sumo, favorecer á un bando político, mas nunca formar una norma de moral social; puede pervertir á la mayoría de los hombres en una época dada, pero perder á la humanidad entera, jamás.

Así, pues, rechazada la negativa, ¿adoptaremos la absoluta afirmación? ¿Diremos que la Sociedad es árbitra soberana de sus destinos? Tampoco. ¿Qué ley de sana razón nos ha de obligar á tamaño despropósito? ¿Quién á divorciarnos de la realidad? En buena lógica si aquel que niega está obligado á negar en redondo, puede aquel que afirma condicionar su afirmación; el más y el menos sólo caben

en juicios positivos. Así, pues, como en el hecho de afirmar de mi albedrio reconozco á un tiempo su existencia y las restricciones á que por edad, por constitución física, por enfermedad, por ignorancia, por malos hábitos, etc., etc., está afecto, asimismo, al pasar de mi conciencia á la contemplación del consensus social; al ver en la humanidad un informe individuo compuesto de células positivamente libres, que son los hombres, trasluzco distintamente en todos los actos sociales una espontaneidad, tan positiva en sí, como realmente limitada por condiciones étnicas, geográficas é históricas; y á la manera que en mi propio desarrollo, por más que sujeto á superior ley, he visto mi voluntad, nacida cual tenuísimo tallo en los albores de mi uso de razón, robustecerse sucesivamente, hasta producir una frondosa vegetación de culpas y de méritos que influye sensiblemente, cada día más y más, ora en bien, ora en mal, en la marcha de mi propio desenvolvimiento, asimismo distingo la espontaneidad social, débil destello en los pueblos rudimentarios, vigorizarse al compás del progreso, hasta influir de muy sensible modo en la producción del desarrollo histórico, por más que éste obedezca en su fondo á una ley providencial. Precisamente hoy tenemos en la llamada opinión pública la manifestación de un marcadisimo medro en esa espontaneidad colectiva; medro que consiste en la elevación de la voluntad social al estado de conciencia clara de sí misma, por efecto del aumento de cultura, y, por lo tanto, de responsabilidad de todos y cada uno de los ciudadanos; siendo hoy, como siempre, la libertad moral de una sociedad, proporcional á la de los individuos que la integran, y así vemos á menudo formarse por la agitación deliberada de esa mole de voluntades individuales, la común voluntad, y sentirse su influencia en la marcha de las cosas. En suma, la Sociedad no es en verdad autora de la ley de su progreso, pero tiene espontaneidad bastante para influir de un modo sensible en los detalles del desarrollo del mismo.

Esta verdad está grabada originalmente en el ánimo de todos. En este punto el príncipe de Bismarck y el último labriego se hallan en idéntico caso; ambos á dos sienten que el mundo marcha á despecho suyo por una fuerza superior; mas ambos á dos obran irresistiblemente persuadidos, el uno de que su voluntad influye en los destinos de su hogar, el otro de que su voluntad influye en los destinos de Europa. ¿Cómo se concilian esa ley superior y esa voluntad inferior, concurriendo á un mismo fin? Esto lo sabe cualquier ignorante. Para América zarpa un buque porque el armador lo dispone y porque las leyes naturales lo consienten; sin embargo, en medio de lo obligado

del rumbo y de las contingencias de los elementos, cábele al piloto un tanto de libre acción, y por ella se le aplaude si llega bien y pronto, ó se le recrimina si llega tarde y mal. En este particular no valen razonamientos: si la convicción que el hombre tiene de su libertad moral fuese errada, seriale este error mil veces más provechoso que todas las verdades de la ciencia juntas.

Siendo, pues, esto así, queridos colegas, y mientras los demás superiores gremios se esfuerzan en ejercer sobre la Sociedad enferma una saludable acción, ¿quedaremos los Médicos cruzados de brazos, por no tener acaso bastante clara idea de nuestros fueros, ni sentimiento asaz intenso de nuestros deberes? ¡Por Dios que sería esto dar muestras de inconcebible atraso, y no haréis tal, porque bien sabéis todos cuánto en pocos siglos el carácter de vuestra profesión ha remontado!

Hoy ya no sois el despreciado judío, á quien en lejanos tiempos se dignaba un enfermo confiar su curación por artes suspectas de nigromancia; hoy ya no sois aquellos medicastros del siglo pasado, fruto mestizo de una barberia y de un claustro de Doctores y cuya influencia no podía trascender más allá de las carnes; hoy ya no sois aquel físico de principios de este siglo, aquel físico que en su denominación llevaba aún impresa la marca de lo incompleto de su poder; hoy representáis ya á la Medicina en la plenitud de su esencia, de sus fines y de su influjo social; sois los Médicos en la entera redondez de vuestras atribuciones. De humilde condición habéis ascendido á una primera categoría, porque vuestra ciencia, que en un principio fué toda vaguedad empírica y más tarde toda esclavitud filosófica, ha venido á ser hoy no sólo ciencia por sí, sino además la autoridad árbitra del movimiento filosófico y político del mundo; ciencia á cuyo mágico influjo todas vuestras clientelas particulares se han transformado en un cliente colosal, la Sociedad misma, que reclama hov vuestro saber, vuestro interés, vuestro auxilio. ¿Acudiréis á su voz? ;oh! no lo dudo.

Ea, pues, queridos colegas míos, no abdiquéis de vuestra autoridad; no reduzcáis vuestra jurisdicción por estrechez de miras; al par que los instrumentos operatorios, al par que las substancias químicas, al par que las plantas medicinales, tienen los medios morales su catalogada colección en el Gran Museo de nuestra materia médica. ¡Propaganda, pues!, propaganda os recomiendo, ya que, al difundir los buenos principios del orden moral, operáis legitimamente como médicos y operáis con la imponderable ventaja de no derramar sangre, ni causar dolores, ni correr el azar de erradas medicaciones, y

así ejercéis influencia en el secreto de la privada vida, como en las libres corrientes de la pública. Aprovechad en esa nobilísima empresa dos condiciones de prestigio que son privativas del consejo médico: una es la que señala, como incumbencia de vuestro sanitario oficio, el oponer á los estragos de la moral utilitaria la benéfica convicción de la utilidad de la moral; otra es la de que, siendo las lágrimas del prójimo el agua con que se amasa vuestro pan, toda reflexión que de vosotros nazca encaminada á evitar lágrimas, reviste la autoridad de un acto que representa á un tiempo un paso de inteligencia y amor y una omisión de interés propio, y, por lo tanto, un acto de caridad incuestionable é irresistible.

Y puesto que la caridad pura, ingenua, inequívoca, es la primera autoridad del mundo, derramadla á manos llenas, que ocasión hay y variadas formas de obrar el bien ofrece nuestro siglo. Congresos, Academias, libros, folletos, revistas, diarios, conversación, asistencia privada; he aquí los diversos modos y lugares donde podréis explayar la más elevada, la más trascendental forma de ejercicio del arte de Esculapio. Educación física, educación moral, armonía entre lo moral y lo físico: ved ahí nuestros más obligados temas, cada uno de los cuales da de sí para perpetuar el nombre de innumerables médicos.

No os arredre en este empeño la variedad de matices que en las creencias hoy el mundo ofrece; bajo el punto de vista de vuestra acción, esos matices, así en el ánimo de vuestros clientes como hasta en el vuestro propio, tienen más de apariencia que de realidad. En los estallidos del corazón dolorido no he podido aún hallar en parte alguna al verdadero impío; el espíritu cristiano absorbe de una manera efectiva el sentimiento moral de nuestros tiempos, y así como á un pez atacado de hidrofobia le había de ser imposible hallar en los fondos del Océano un lugar seco donde remediar su frenesí, le es asimismo imposible á quien padece theofobia hallar en el seno del mundo civilizado un lugar enjuto de cristiandad donde mitigar la comezón evangélica de sus indeliberados impulsos.

Nada, por tanto, habrá de atajar en la práctica vuestra marcha: potencia sois; obrad, pues. Cierto que esta terapéutica no os ha de valer cuantiosos honorarios ni ricos presentes; bien lo sabemos todos; pero os ha de proporcionar aquella fruición, aquella beatísima alegría en la que el alma se solaza al sentirse y hallarse digna de su esencia y de su fin, haciendo vibrar el organismo entero con tan inefable dulzura, que no parece sino que nuestros nervios se resuelven en puro espíritu.

Así, yo en estos momentos, cediendo á tan dulce emoción, con-

cluyo, porque ya no me es dado razonar; no me es posible discutir; no me importa ya saber si soy ó no soy libre, si soy ó no soy espíritu, si soy ó no soy una mera exhalación; tan embargado me tiene la suave dicha de haber intentado el bien por solo el bien, y de sentirme por ello mucho más cercano de Dios que de las fieras del desierto.

He dicho.

Barcelona 19 de Enero de 1874.

VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS EN EL MOVIMIENTO INTELECTUAL CONTEMPORÁNEO

Discurso inaugural del curso académico de 1878 á 1879, pronunciado ante el Claustro de la Universidad de Barcelona.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: SEÑORES:

¡Cuán mudados nos sentimos todos los presentes, en el transcurso de brevísimo espacio!—Al interrumpir el arreglado compás de nuestras habituales ocupaciones, para acudir al llamamiento de V. E.; quien acatando un deber; quien cediendo á un compromiso; quien movido de mera curiosidad; quien resignándose á alguna molestia ó á algún perjuicio; quien acaso calificando de supérflua y vana la ostentación vinculada á este acto, veníamos todos hondamente convencidos de que, con prestar á la inauguración de las tareas universitarias nuestro material concurso, le hacíamos merced de un tanto de la solemnidad que reviste.

'¿Y ahora?—Ahora, Excmo. Señor, todo resulta completamente invertido.

Ahora, bajo el influjo del sentimiento estético que absorbe nuestras almas, aparécensenos como secundaria y desairada prosa aquellas mismas ocupaciones de cuya interrupción nos doliéramos; ahora, cada cual en el fondo de su conciencia reconoce que la majestad de este acto no es el resultado precario del tributo de su material presencia; puesto que, á ser ello cierto, no nos sentiríamos todos, como nos sentimos, esclavos de nuestra obra, movidos por su intima virtud, de rodillas ante el ídolo modelado por nuestras manos y, como niños asustados por su propio temor, sobrecogidos por la solemnidad de nuestro mismo sobrecogimiento;—ahora, vemos que no basta formar muchedumbre para constituir solemnidad, sino que ésta nace

de la alteza moral del fin que la convoca é informa; ahora, de una vez, venimos á descubrir que el interés, la deleitación, el recogimiento y todas las formas de sentimental tensión, que en actos de la índole del presente embargan nuestro ánimo, tienen su origen en algo que, señoreándose de nuestro colectivo cuerpo, constituye el alma de la solemnidad, y que ese algo realmente no es de este mundo.

Ese algo es la luz de Divina asistencia que, al ingente calor de la moralidad final del paso, resplandece espontánea, no por milagro accidental de Gracia, sino por regla normal de Providencia, como para sancionar con su majestad y premiar con estéticas fruiciones la grandeza de nuestro común propósito.

He aquí por qué, en situaciones como la presente, todos sin excepción nos sentimos más fuertes que de ordinario nos juzgamos, todos anhelamos ser mejores que de ordinario somos, y todos, asimismo, al recordar la glacial frialdad de la vida utilitaria, que pocos momentos ha nos parecía la quinta esencia de lo positivo, hasta el punto de atrevernos á calificar de ociosa y vana esta augusta ceremonia, todos, Excmo. Señor, reconocemos que no es aquéllo, sí ésto; no la prosa, sí la poesía; no el interés físico, sí el interés moral, quien ofrece en la doble redondez del tiempo y el espacio, verdaderas condiciones de vida propia, inefable y eterna.

Tal instabilidad en nuestros juicios, respecto de cuál sea el real y positivo tesoro de la existencia, hallan, ya que no excusa, explicación razonable en lo imperfecto y mezquino de nuestra naturaleza; pues tales somos, tales, que por lo rudimentario de nuestra inteligibilidad no nos es dado reconocer nuestro ser como uno, sino á condición de verlo por reflexión como dos, y al relacionar este dualismo con la duplicidad, trascendental y terrena, de los intereses que å porfía nos están solicitando, reduplícasenos el propio doble ser en tal guisa que, partida nuestra aparente doblez por la real y efectiva de nuestros intereses, viene á resolverse nuestra personal unidad en cuatro sujetos discordes entre si, cuando no mortalmente enemistados: v :guay de aquel que renunciando, de concesión en concesión, á las regalías de su unidad moral en manos de la muchedumbre de estímulos terrenos que sin tasa reclaman nuestro consentimiento, abdica en ellos; pues él verá deshecha su personalidad en polyo impalpable de voliciones, tan inconscientes y fútiles como las del atolondrado insecto ó del ruín y torpe gusano!

Ello es que, aun contando con un razonable freno impuesto á la propia organización, puede ofrecer nuestro ánimo cuatro actitudes

p or todo extremo distintas entre sí: una abyecta, que, en conformidad con el apetito de prosa, opta por la prosa; otra, malhadada, que o pta por la prosa, á despecho del apetito de poesía; otra, ya meritoria, que opta por la poesía, á despecho del apetito de prosa; y otra, en fin, levantada y perfecta, que, en conformidad con el apetito de poesía, opta por la poesía. En la primera de estas cuatro actitudes quizá todos nos habremos sorprendido alguna vez; en la segunda nos hallábamos antes de resolvernos á venir á este sitio; á la tercera obedecimos viniendo; y en la cuarta, por fin, aquí nos vemos y perseveramos, muy seguros de que en la prestación de nuestro concurso á solemnidades como esta, acabalamos á un tiempo tres buenas obras; puesto que servimos á Dios, honramos una grande institución y moralizamos nuestro espíritu, ejercitándole en propósitos liberales, puros y levantados.

Sólo yo, Excmo. Señor; sólo yo debo anhelar, y con sobrada razón anhelo, salir cuanto antes del paso de esta augusta fiesta; y no porque disienta de la común emoción, sino por el natural temor de que mi voz disuene de la conjunta armonía. Bien sabe V. E. que sólo por acatamiento debido á sus acuerdos pude resolverme á abandonar el retiro de mi aula, para venir á esta Sala Capitular, con el objeto de dirigir la palabra al país en nombre del Claustro, y aunque por una parte la obligada forma en que subo á esta cátedra de cátedras ofrece anticipada absolución á la incompetencia mía, impóneme sobremanera, por otra, la clarisima visión que de lo arduo de mi cometido tengo. Yo aquí debo perorar, porque V. E. me lo ordena: debo perorar de asunto anatómico, porque ni puedo desairar en esta ocasión á mi cara y fiel compañera la Anatomía, ni es ley que de otra ciencia discurra, invadiendo de tal suerte ajena jurisdicción, y, finalmente, debo imprimir á mi tema, con ser éste anatómico, un giro de universal trascendencia, á fin de que mi palabra sea, no la menguada palabra mía, sino la voz, el pensamiento, el verbo de esta Universidad en pleno convocada.

Socorrida es, sin embargo, la Anatomía, por más que, envuelta en el velo de su burdo tecnicismo y absorta en la contemplación de la corrupta y repulsiva muerte, pase por la más insociable y prosaica de las hijas de Minerva. Es la Anatomía de la condición de aquellas personas que, no poseyendo físico atractivo, resultan por la intimidad del trato más temibles aún que otras por el aliciente de la hermosura, y que, conduciéndonos raudamente del trato al amor y del amor á la indisoluble alianza, esclavizan nuestro corazón en dichoso cautiverio.

Con ser los restos cadavéricos el objeto inmediato de la Anatomía, no existe humana ciencia que á ésta sobrepuje en importancia, riqueza y atractivo, y á fe de profesor os aseguro que, lejos de ser yo quien pueda echarle en rostro á la ciencia de la muerte el ser pobre de recursos para cautivar vuestro interés, antes al contrario, ella es quien en secreto, á mi oído, se me está querellando con toda la ingenuidad á que nuestro arraigado compañerismo la autoriza, de la mala suerte que en esta ocasión Dios le depara con haberme de tener á mí por Tácito de sus anales y Homero de su epopeya.

Empero, como quiera que no hay compromiso, por grave que se suponga, que no ofrezca á honrado corazón salida honrada, saldréme yo del mío por expedito arbitrio, procurando que en la elucidación del tema hablen por mí los hechos y trasponiendo en consecuencia mi personalidad, de lo cual saldrán gananciosos ésta, aquél y el auditorio.

Y para que no sea dicho que es todo industria la salvación de mi responsabilidad, viene la fortuna á favorecerme en la elección de la tesis, por cuanto no ha habido lugar á deliberación acerca de ello; yo no he hecho más que decir al mundo: «Dame un tema que sea á la »vez que anatómico, universal y nuevo», y el mundo, sin titubear, me ha contestado: «Pues trata del valor de los estudios anatómi-»cos en el movimiento intelectual contemporáneo, y en él hallarás »las tres condiciones que me pides».—Yo entonces iba á replicar: «Es »que quizá se diga que este tema corresponde antes bien al orden fisio-»lógico que al anatómico»; mas el Genio de la Anatomía me contuvo al punto con esta categórica protesta: -«Á quien tal dijere, adviér-»tele que la Fisiología en mi seno se engendró y á él retorna, y que »aun en su mayor independencia yo soy el nombre de su oración, yo »el sujeto de sus predicados, yo el obligado principio y fin de sus »pensamientos. Acepta, pues, el tema y trátalo con amor, porque es »más grandioso y original de lo que á primera vista quizá parezca. »Hablar de mi importancia, de mis maravillas, de mis progresos, de » mis aplicaciones médico-quirúrgicas, nada de esto es ni universal ni »nuevo; no hay escuela en el Orbe donde no se haya hecho de todo »ello la más entusiasta ponderación; empero, en mis actuales rela-»ciones con el Dogma, la Filosofia, la Enciclopedia y la Política, y »en las razones históricas de este actual valor, serás tú el primero que »te habrás ocupado, y espero que, por espíritu de verdad, aprove-»charás esta propicia coyuntura para desagraviarme del pasado, sin-»cerarme del presente y congraciarme con el porvenir. Ea, pues, y »así te ayude Dios en este paso, como yo te lo agradezco.»